

Monologo Argentina 1985 - Adriana Calvo

El 4 de febrero de 1977, estando yo en mi casa, fui secuestrada. Me subieron a un auto. Ni bien el auto dio vuelta en la esquina, me pusieron un pulóver en la cabeza, me tiraron en el piso del auto y me pusieron los pies encima. Y ahí empezaron las amenazas de que me iban a matar. Me bajaron, me sacaron el pulóver, me pusieron una venda de trapo en los ojos muy ajustada y me esposaron las manos atrás. Yo para ese entonces, estaba embarazada de seis meses y medio. Es decir que era un embarazo bastante avanzado. Me torturaron, a pesar de mi condición. Me tuvieron encerrada meses. Y las torturas eran sistemáticas, constantes, de todo tipo.

Quiero contar el caso de una persona que no conocía, a la que torturaron por días enteros. La patota la torturo noche y día, sin piedad, con todos los métodos que ya relatados y muchos más. Cuando la patota se fue, señor presidente, los guardias comenzaron a hacer un asado, a tomar vino y emborracharse. Y a uno se le ocurrió torturar a este prisionero y comenzaron a torturarlo nuevamente. Esta vez no querían ninguna información, señor presidente. El único objeto de esta tortura que duro horas era que el prisionero dijera: “Me la como doblada y mi madre es una hija de puta”. Estuvieron horas torturándolo, tratando de que lo dijera. Y no lo dijo, señor presidente. El no lo dijo. Lamento haberlo dicho porque creo que es importante, porque aquí se ha hablado de excesos. Y supuestamente para los acusados, estos son los excesos. Lo otro, lo normal, la tortura fría y cruel.

PRESIDENTE: Le pido, señora, que hechos y no califique.

Estos son hechos, señor presidente.

El 15 de abril comenzó mi trabajo de parto. Era mi tercer hijo, ya sabia que iba a nacer muy rápido. Llego un patrullero, me subieron y salimos de la comisaria quinta. Yo iba en el auto

acostada, vendada. Los ojos vendados, las manos atadas atrás. Ellos me insultaban. Yo les decía que estaba por nacer mi criatura, que no podía aguantar más, que pararan, que no era mi primer hijo, que sabía que estaba por nacer. Y ellos no hacían nada. El que manejaba y el que lo acompañaba se reían. Decían que era lo mismo, si, total me iban a matar, que iban a matar al chico. Que qué me importaba. Yo realmente no se como alcance para sacarme la ropa interior para que naciera, realmente no lo recuerdo. Les grite: “Ya nace, no aguanto más. Paren”. Y efectivamente nació, nació mi nena. Y pararon, pararon en la banquina. Mi beba nació bien. Era muy chiquita. Se cayó del asiento, quedo colgando del cordón, estaba tirada en el piso. Yo les pedía por favor, que me la alcanzaran, que me dejaran tenerla conmigo, pero no me alcanzaban. Ataron el cordón y seguimos viaje. Habían pasado tres minutos, mi beba lloraba, yo seguía atrás con las manos atadas, los ojos vendados y no me la daban. Llegamos a otro lugar, era un local muy grande que tenía mesadas de mármol. A mi beba la había apoyado en una mesada, estaba sucia, tenía frío, lloraba. Me hicieron pasar, me trajeron un balde. Y me hicieron baldear el piso y limpiar todas las mesadas. Tuve que hacer eso, desnuda, frente a un oficial. Frente a todos los guardias que se reían. Recién ahí me dejaron agarrar a mi beba.

Un mes después fui liberada. Perdimos nuestros trabajos. Perdimos nuestra casa. Perdimos a nuestros amigos. Nos quedamos sin nada, nos tuvimos que ir del país. Lograron aterrorizarme, señor presidente. Por suerte, no lograron aterrorizar a todos. Hubo familiares, hubo madres, hubo abuelas que los enfrentaron. Y hoy estoy acá, pidiendo justicia, gracias a ellos. Creo que no tengo nada mas que decir.